

BIBLIOTECA SELECTA

JULIO VERNE

LAS INDIAS NEGRAS

SEGUNDA PARTE

44



RAMON SOPENA EDITOR. PROVENZA 93-97 BARCELONA

2 C-1 bis
82



00054150

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

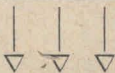
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 22 de Junio de 1925
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUAN FLAQUER

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.,
Scio. Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



JULIO VERNE

LAS INDIAS NEGRAS

SEGUNDA PARTE

EL ÚLTIMO PENITENTE

29.148



RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

845.02

LAS INDIAS NEGRAS

SEGUNDA PARTE

EL ÚLTIMO PENITENTE

I

Todo viajero que recorre el condado de Stirling, en Escocia, es invitado a visitar las minas de la Nueva Aberfoyle, cuyo aspecto es tan curioso, que no existe en ningún país del mundo nada que pueda comparárseles.

El turista, después de oír los elogios entusiastas que los naturales de la región suelen hacer de aquellas llamadas Indias Negras, más fructíferas y ricas que las Indias Orientales, acepta, agradecido, la invitación, y es conducido inmediatamente en un ferrocarril subterráneo, a lo largo de un túnel de suave pendiente, en una extensión de siete millas, hasta el mismo subsuelo de la explo-

tación minera, a mil quinientos pies de profundidad.

El túnel tiene una entrada monumental, con almenas y torrecillas que encantan a los ojos y que son un testimonio irrefutable del poder del ingenio humano, y termina en una cripta exca-



...es conducido inmediatamente en un ferrocarril subterráneo... (Pág. 5.)

vada en las entrañas de la tierra escocesa, donde los trabajadores de las minas han fundado un pueblo, a que han dado el nombre de Ciudad-Carbón.

Este pueblo subterráneo, residencia habitual de los mineros encargados de arrancar a las Indias

Negras las inmensas riquezas acumuladas bajo el subsuelo del condado escocés de Stirling, está intensamente iluminado por potentes discos eléctricos que substituyen al disco solar.

En las casas construídas en Ciudad-Carbón y en las galerías de la Nueva Aberfoyle, la electricidad es utilizada para todas las necesidades de la vida económica e industrial.

El ingeniero Jacobo Starr, director de la explotación minera y jefe querido y respetado de aquella población laboriosa y honrada, no se había equivocado en sus previsiones. La riqueza de los filones de hulla era incalculable.

Por encima de la amplia excavación natural, en que los mineros habían construído sus rústicas viviendas, extendíase una cúpula ojival sostenida por columnas naturales que se perdían en la bóveda de esquisto, a trescientos pies de altura.

En aquella cripta había, además, un lago profundo en cuyas transparentes aguas bullía una multitud de peces, a los que la Naturaleza había desposeído de ojos, acaso por la inutilidad de estos órganos en un lugar de eternas tinieblas donde la vista no habría podido desempeñar su misión. Dios hace perfectas todas sus obras. ¿De qué podrían servir los ojos a los seres destinados a vivir en la obscuridad?

A la orilla del lago, que fué bautizado por el ingeniero Jacobo Starr con el nombre de *Malcolm*, y cuyas sombrías aguas extendíanse más allá de

donde la vista alcanzaba, había construido Simón Ford su nueva vivienda, de la que estaba tan satisfecho, que no la habría cambiado por el más lujoso hotel de una ciudad populosa.

Al lado de la casita del anciano capataz, construyóse otra, más cómoda y amplia, para el ingeniero señor Starr, que había resuelto vivir al lado de sus amigos, y tan complacido estaba en su habitación subterránea y tan entregado a las faenas de la mina, que sólo cuando alguna imperiosa necesidad lo exigía abandonaba el subsuelo escocés y salía a la superficie de la tierra.

La mayor parte de los obreros agrícolas del condado de Stirling, halagados por el elevado precio a que la prosperidad de la Nueva Aberfoyle permitía que se pagasen los trabajos de la explotación, habían abandonado el rastrillo y el carrutón para empuñar el pico o la azada, y se habían alojado en las entrañas de la tierra, edificando un pueblo subterráneo a orillas del lago Malcolm.

En lo alto de una roca gigantesca, que lamían las aguas del lago, construyóse la capilla, que fué puesta bajo la advocación de San Gil, y en la que todos los domingos y días festivos se congregaba la población minera para asistir a los divinos oficios.

En suma, los habitantes de Ciudad-Carbón vivían satisfechos en sus moradas subterráneas, que sólo abandonaban raras veces, siguiendo el ejemplo que les daba el capataz Simón Ford, que no subía

jamás a la superficie de la tierra bajo el pretexto de que no cesaba de llover *allá arriba*.

La población minera crecía de una manera extraordinaria, siendo muchos los niños que, durante los tres años que llevaba en explotación la Nueva Aberfoyle, habían nacido bajo tierra, y bajo tierra continuaban sin haber visto aún la luz del sol.

Juan Ryan, que había sido uno de los primeros en alistarse en el ejército obrero reclutado por Jacobo Starr, alegraba las galerías de la mina con sus canciones, y distraía a sus compañeros, en los ratos de ocio, relatándoles las leyendas de duendes y fantasmas, en cuya existencia creía él ciegamente.

El joven habitaba en la choza de Simón Ford, cuya familia lo quería como si fuera uno de ellos. Realmente Juan Ryan merecía el afecto que le dispensaban el capataz, la esposa de éste, y el hijo, Enrique, con quien le unía una fraternal y desinteresada amistad.

Por esto, sin duda, la anciana Margarita Ford lo trataba como si fuera otro hijo suyo.

Además, Margarita creía, como Juan Ryan, que la mina estaba habitada por seres fantásticos, y éste era un lazo más que unía a la anciana con el joven, quienes se contaban mutuamente, cuando se encontraban solos, historias espantables de duendes y fantasmas.

Juan Ryan, obrero honrado, laborioso e inteligente, que, a los seis meses de haber empezado la



explotación de la mina, fué nombrado jefe de una brigada de trabajadores, era la alegría de la choza de Simón Ford, a cuya familia distraía y regocijaba con sus canciones y constante buen humor.

El único que estaba siempre preocupado era Enrique; pero a nadie revelaba el motivo de su preocupación.

Este, que desde que empezó la explotación de la Nueva Aberfoyle, había estudiado todos los escondrijos de la mina y sabía perfectamente a qué punto de la superficie terrestre correspondía cada lugar del mundo subterráneo en que habitaba, aventurábase frecuentemente en las más extremas profundidades, llevando en la cabeza una lámpara

para alumbrarse en aquellas catacumbas tenebrosas ; pero, cada vez que efectuaba una excursión de éstas, volvía a la choza más abatido y descorazonado que lo estaba antes de partir.

También exploraba los estanques en una canoa que manejaba con la pericia del más habil marinerero.

Juan Ryan, que adivinaba cuál era el objeto de la constante preocupación de su amigo Enrique, sonreíase tristemente cuando lo veía regresar con la desilusión reflejada en el semblante, y murmuraba :

—No lo encontrará jamás, y, si alguna vez tiene la fortuna de verlo de lejos, no lo apresará, porque el fantasma que él busca, como todos los fantasmas, es inapresable.

Enrique, sin embargo, no desistía de su empresa, y las continuas decepciones que experimentaba, aunque lo abatían por el momento, no tenían para él otra consecuencia que la de enardecerlo y alentarle para reanudar otro día las exploraciones.

Al fin, Juan Ryan, deseando poner término a la lucha inútil que Enrique sostenía consigo mismo, le dijo, en una ocasión en que lo vió regresar a la choza más abatido que de ordinario :

—Te fatigas en vano, amigo Enrique. El duende que tú buscas no lo atraparás jamás. Es un ser incorpóreo, y esta clase de seres no están al alcance de nuestra mísera condición humana.

—¡Calla, impío supersticioso!—replicó, indignado, Enrique—. Yo no creo en la existencia de los duendes, porque Dios prohíbe la superstición, y no acierto a comprender cómo, siendo tú un muchacho tan honrado y juicioso, das crédito a esas paparruchas.

—Tú no creerás en los duendes—objetó Juan Ryan—; pero es lo cierto que pretendes apresar uno, en persecución del cual haces frecuentes excursiones y recorres todos los senderos de la mina.

—No, amigo; no persigo a duende alguno, sino a una persona de carne y hueso como nosotros, a quien hemos visto correr con una luz en la mano... y a quien nos fué imposible alcanzar.

—Cierto que hemos visto correr a un ser, pero no tenía nada de humano, porque se desvaneció como una sombra cuando más confianza teníamos de alcanzarlo.

—No se desvaneció—rectificó Enrique—, sino que desapareció de nuestra vista, internándose en alguna caverna o galería que nosotros desconocemos, y que yo me he propuesto descubrir.

—No harás nunca semejante descubrimiento, amigo Enrique. Los duendes se filtran por las paredes, y, como no dejan el menor rastro, es difícil averiguar el lugar exacto por donde han desaparecido.

Y, en el mismo tono, continuaron discutiendo los dos jóvenes hasta que, convencidos ambos de

que no habría ninguno de convencer a su contradictor, adoptaron el partido de callarse ; pero no por esto cesó Enrique Ford de proseguir sus exploraciones por la mina, ni Juan Ryan de lamentar la inútil perseverancia de su amigo.

Durante algún tiempo, ninguno de los dos jóvenes hablaron del asunto que les preocupaba.

II

Un domingo del mes de junio, después de haber oído misa devotamente, Enrique Ford y Juan Ryan fueron a pasear por las orillas del lago Malcolm.

En Ciudad-Carbón la calma era absoluta ; pero arriba, en la superficie de la tierra, desencadenábase una furiosa tempestad, y la lluvia provocaba abrasadoras emanaciones.

Los habitantes del condado de Stirling habían, en gran número, descendido a las profundidades de la mina, ansiosos de aspirar la fresca de que en la superficie terrestre se veían privados.

A Juan Ryan regocijábanle estas visitas ; pero Enrique Ford, entregado a su preocupación constante, no les prestaba atención alguna.

—Enrique — dijo Ryan a su joven amigo—,

desecha por una vez las ideas tristes y muestra cara alegre a las personas que visitan nuestra población subterránea, porque, si así no lo haces, van a creer que aquí no vivimos a gusto, y que los envidiamos.

—¡Bah!—repuso Enrique—. No pueden creer



...Enrique Ford y Juan Ryan fueron a pasear por las orillas del lago Malcolm. (Pág. 13.)

semejante cosa, viendo tu cara, donde se reflejan la satisfacción y alegría más envidiables.

—De todos modos, debes mostrarte alegre, porque la melancolía es contagiosa y vas a conseguir que olvide mis canciones.

—No estoy melancólico, sino preocupado.

—Si atribuyeras a los duendes los hechos y las cosas que son incomprensibles para ti, quedarías tranquilo, como lo estoy yo.

—Los duendes no existen, y nada hay en el mundo que no proceda de una causa y vaya encaminado a un fin. En la mina habitan personas desconocidas que han pretendido impedir la explotación por todos los medios posibles, y otras que nos han auxiliado y acudido en nuestro socorro cuando de él hemos tenido necesidad. Pues bien, a las unas y a las otras deseo encontrar y no me tranquilizaré hasta que lo consiga, para premiar a los buenos y castigar a los malos.

—No encontrarás a nadie, amigo Enrique, y esa pretensión tuya es una temeridad. ¿En quién confías para encontrar a esos seres misteriosos, que parece que poseen todos los secretos de la Nueva Aberfoyle?

—Confío en Dios.

—¿Tienes algún indicio que te permita alimentar esa esperanza?—preguntó Ryan, a quien la convicción de Enrique no dejó de impresionar.

—Sí, por cierto. Hace ocho días pretendí sondear un pozo que hay al occidente de la mina, a cinco millas de distancia, bajo las rocas que sirven de sostén al lago Lomond.

—¿Y qué?

—Mientras bajaba la sonda y yo me inclinaba hacia la boca del pozo, advertí que en el interior

se agitaba el aire, como al impulso de las alas de un pájaro gigantesco.

—Eso no tiene importancia alguna. Podía ser efectivamente un pájaro perdido en las galerías interiores de la mina.

—Esta madrugada —continuó diciendo Enrique, sin prestar atención a Juan Ryan— he vuelto al pozo, y he oído un gemido lejano que parecía salir de su profundidad.

—¡Bah!—exclamó Ryan—. Lo que a ti te ha parecido un gemido no ha sido otra cosa que un soplo de viento.

—De todos modos, mañana saldré de dudas.

—¿Mañana?—preguntó Juan Ryan—. ¿Acaso piensas descender a ese abismo?

—Efectivamente, eso es lo que haré.

—¡Oh, Enrique! No tientes a Dios.

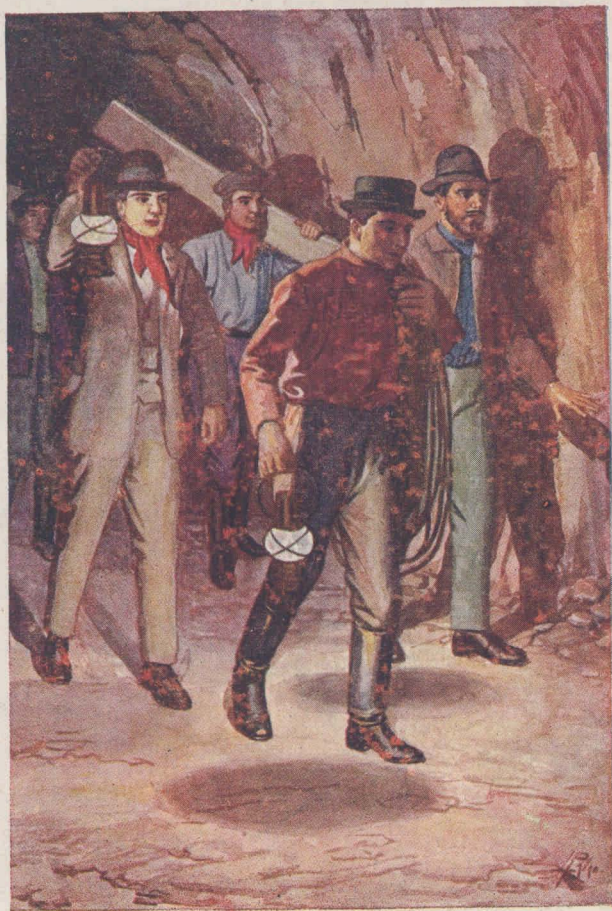
—No, amigo Juan, no lo tiento, sino que, por lo contrario, imploraré su auxilio y, confiando en su bondad divina, bajaré a explorar ese antro tenebroso. ¿Quieres ayudarme?

—Haré cuanto te plazca—respondió Ryan—; pero preferiría que desistieras.

—No desistiré. Mañana a las seis partiremos. ¡Adiós!

Y, dicho esto, separóse Enrique bruscamente de su amigo y entró en la choza, para no prolongar una conversación que le era enojosa.

—¡Vaya!—exclamó Juan Ryan siguiendo con la vista a Enrique—. Puesto que no hay manera



Enrique iba provisto de una fuerte cuerda de doscientos pies de largo... (Pág. 17.)

de hacerle desistir, lo acompañaré y compartiremos el peligro.

A Juan Ryan no le faltaba razón. Si Enrique tenía un enemigo, y éste se encontraba en el fondo del pozo, ¿no era una temeridad ir a provocarlo?

Esto no obstante, a la mañana siguiente, el joven, juntamente con tres mineros de su brigada, siguió a su amigo Enrique hacia el antro que éste deseaba explorar.

Como Enrique no había dicho nada de su proyecto al señor Starr ni a su padre, y Juan Ryan había tenido la discreción de no hablar del asunto, todos los que los vieron partir supusieron que se trataba de una simple exploración en la capa vertical del depósito.

Enrique iba provisto de una fuerte cuerda de doscientos pies de largo, y suficientemente gruesa para que pudiera soportar el peso de su cuerpo.

—¿Insistes en tu locura de explorar este abismo?—preguntó Juan Ryan cuando llegaron a la boca del pozo.

—Sí, respondió lacónicamente Enrique.

—Pues manos a la obra y que Dios nos ayude.

—En El confío—terminó Enrique Ford.

Y, sin hablar más, pusieron una viga atravesada sobre la boca del pozo, que tenía doce pies de diámetro. Luego, ataron la cuerda a la cintura de Enrique, se la pasaron por debajo de los brazos para que el cuerpo, al descender, no oscilara, y,

después de colocarle en la cintura una lámpara de seguridad y un cuchillo escocés encerrado en una vaina de acero, dijo Juan Ryan :

—¡ En el nombre de Dios !

Enrique, que tenía las manos libres, pasó hasta el centro de la viga, y sus compañeros empezaron



...pusieron una viga atravesada sobre la boca del pozo... (Pág. 17.)

a deslizar por ella la cuerda, precaución necesaria para que el animoso explorador no se golpeará con las paredes laterales del pozo.

La cuerda al deslizarse experimentaba un ligero movimiento de rotación, y, merced a esta cir-

cunstancia, la lámpara iba alumbrando sucesivamente todos los puntos de la pared, que Enrique examinaba cuidadosamente.

El pozo, cuyas paredes eran de esquistos carboníferos y sumamente lisas, se estrechaba a medida que se descendía a él, y en forma de embudo, y Enrique empezó a sentir el aire frío que subía del abismo, lo que le convenció de que aquel antro debía de tener comunicación con algún agujero del piso interior de la cripta.

El explorador llevaba las manos libres y, en su descenso, no cesaba de palpar las paredes en aquellos puntos en que la oscilación de la lámpara no le había permitido ver bien, para averiguar si había alguna galería lateral; pero no encontró abertura alguna.

La obscuridad y el silencio eran absolutos; no había indicio alguno de que en aquel antro se hubiese refugiado ningún ser viviente; la cuerda continuaba deslizándose, y Enrique, más desconfiado cuanto más bajaba, había desenvainado el cuchillo y lo llevaba en la mano, apercebido para defenderse de cualquier peligro que le amenazase de pronto.

A los ciento ochenta pies de profundidad la cuerda se dobló y el explorador no bajó más. Había llegado al fondo.

Entonces respiró con satisfacción. Al empezar el descenso había temido que algún enemigo in-



visible cortara la cuerda por la parte superior, o que de cualquier escondrijo abierto en las paredes del pozo le salieran de pronto los seres misteriosos que con tanta tenacidad le perseguían desde que se había reanudado la explotación de la mina. Afortunadamente, sus temores no se realizaron.

Enrique, al llegar al extremo inferior del pozo, que era muy estrecho, quitóse de la cintura la lámpara y empezó a examinar el suelo, en el que no tardó en encontrar una pequeña abertura lateral. Tuvo necesidad de agacharse para entrar en él; pero, como estaba decidido a no retroceder ante ningún obstáculo para llevar al término su

exploración, siguió la dirección de aquella estrecha galería arrastrándose sobre las manos y las rodillas.

III

Suponía el explorador que el angosto pasadizo que había empezado a recorrer terminaría en algún abismo y, para no caer en él, continuaba arrastrándose con suma precaución. De vez en cuando se detenía, examinaba las paredes paseando sobre ellas la luz de su lámpara, y reanudaba la marcha, animoso siempre y resuelto a llegar hasta el fin.

De pronto, encontró obstruido el paso por un cuerpo y experimentó un sentimiento de repulsión que le hizo retroceder; pero, reanimándose, volvió a aproximarse y, palpándole las extremidades, advirtió que aquel cuerpo las tenía heladas.

—¡Un niño!—exclamó Enrique, creyendo, a juzgar por las dimensiones del cuerpo, que efectivamente se trataba de una criatura de ocho a diez años de edad, a lo sumo.

No vaciló. Cogió aquel cuerpo frío, retrocedió por la estrecha galería hasta llegar al fondo del pozo y, depositando a la criatura en el suelo, la examinó detenidamente proyectando sobre ella la luz de la lámpara.

El niño no estaba muerto, porque respiraba to-

davía, pero tan débilmente, que Enrique temió que aquel soplo vital se extinguiera en breve. Urgía, por lo tanto, subirlo a la boca del pozo y conducirlo inmediatamente a la choza, para que



...depositando a la criatura en el suelo, la examinó detenidamente... (Pág. 21.)

Margarita lo cuidara con la solicitud y cariño de una buena madre.

El animoso joven, comprendiéndolo así, volvió a atarse la soga a la cintura, se sujetó la lámpara, cogió al niño sosteniéndolo contra su pecho con el brazo izquierdo y empuñando con la mano derecha

el cuchillo, e hizo la señal convenida para que lo subieran.

Acto seguido se puso tensa la soga y empezó la ascensión ; pero esta vez Enrique miraba más atentamente en torno suyo las paredes del pozo, porque no era sólo su vida la que peligraba sino también la del niño que llevaba en brazos.

Al principio no hubo nada que le inspirase el más insignificante temor, el ascenso seguía con regularidad y parecía que no había de sobrevenir ningún incidente peligroso ; pero, poco después, creyó percibir el joven en las profundidades del pozo un soplo que separaba las capas de aire, miró hacia abajo y distinguió, envuelta en la penumbra, una masa que iba elevándose poco a poco y que subió más arriba de él, rozándole al pasar.

—¡ Es un pájaro !—exclamó el joven, que se preguntó luego— : Pero, ¿ a qué especie pertenece este bicharraco enorme que sube a tan grandes aletadas ?

El explorador no tuvo tiempo de reflexionar más detenidamente, porque el pajarraco, después de cernirse sobre él un instante, le acometió con feroz encarnizamiento.

Enrique sólo podía defenderse con el brazo derecho, que empleaba en proteger al niño contra los picotazos del avechucho ; pero éste no atacaba al niño, sino al hombre, quien se debatía en una lucha que se prolongaba demasiado porque la ro-



...le acometió con feroz encarnizamiento. (Pág. 23.)

tación de la cuerda le impedía herir al enemigo.

El joven gritó entonces con todas sus fuerzas, y la soga empezó a subir con mayor rapidez, lo que demostraba que sus gritos habían sido oídos por los compañeros que estaban en la boca del pozo.

El pajarraco, comprendiendo sin duda que por aquel medio no lograría vencer a su adversario, abandonó el ataque directo y se lanzó sobre la soga suspendiéndose de ella y tratando de romperla a picotazos, a una distancia de dos pies sobre la cabeza de Enrique, adonde el brazo de éste

no podía llegar. El peligro, por consiguiente, lejos de disminuir, se había acrecentado para el joven, a quien se le erizaron los cabellos.

Horrorizado de angustia, Enrique contemplaba la obra destructora del pajarraco, desesperándose por no poder impedirla.

Al fin, se rompió un ramal de la sogá, y el valeroso joven, que a la sazón se encontraba a cien pies sobre el fondo del abismo, lanzó un grito desgarrador. A decir verdad, Enrique, más que por su propia vida, temía por la del niño que con el brazo izquierdo sostenía sobre su pecho.

Momentos después, el avechucho consiguió cortar a picotazos otro ramal de la sogá. Enrique, entonces, soltó el cuchillo, y haciendo un esfuerzo poderoso, casi sobrenatural, agarró la sogá por encima de la rotura, con la mano derecha. Estaba salvado por el momento; pero ¿podía sostenerse mucho rato en aquella situación? Si hubiera podido agarrarse con las dos manos, habría creído el joven dominar el peligro con el esfuerzo que acababa de realizar; pero, para sostenerse con ambas manos, era preciso sacrificar al niño, y esta idea ni aun se le ocurrió siquiera.

Juan Ryan y sus compañeros, a quienes los gritos de Enrique asustaban cada vez más, tiraban de la sogá con rapidez superior a sus fuerzas; pero la sogá empezó a deslizarse entre los dedos del joven explorador, y éste, creyendo ya impo-

sible su salvación, cerró los ojos y encomendó su alma a Dios con fervorosa piedad.

El pajarraco, atemorizado sin duda, había abandonado su presa, y Enrique, esperando caer al abismo, apretaba instintivamente los ojos, sin cesar de pedir a Dios que le perdonara los pecados cometidos durante toda su breve vida.

Ya le era imposible sostenerse por más tiempo, y en el preciso instante en que iba a soltar la soga, se sintió agarrado por Juan Ryan y sus compañeros, que se apresuraron a ponerlo en seguridad.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el joven explorador al verse en terreno firme, y cayendo desmayado en brazos de sus amigos.

Juan Ryan cogió rápidamente la criatura que Enrique acababa de sacar del abismo, y que sin este auxilio hubiera caído al suelo al aflojar los brazos el joven explorador.

—¡Un niño!—exclamaron, llenos de asombro, los mineros que estaban junto a la boca del pozo.

—Sí, un niño, que, si no está muerto, le falta poco—y después de haber comprobado que la criatura, aunque débilmente, respiraba, agregó—: No, no ha muerto; pero, ¿quién lo ha conducido al fondo de este negro abismo?

—Algún criminal—repuso otro de los mineros.

—¡Bah! No hay que investigar mucho para averiguarlo—explicó Juan Ryan—. El autor de esta infamia ha sido un duende.

Enrique, cuyo desmayo había sido muy breve,

recobró en aquel momento los sentidos, y los expedicionarios emprendieron en seguida la marcha hacia la vivienda del capataz Ford, mientras el primero refería a sus jóvenes camaradas todos los detalles de su exploración, haciéndoles temblar más de una vez con el relato de su arriesgada em-



—¡Un niño!—exclamaron, llenos de asombro... (Pág. 26.)

presa, que estuvo a punto de terminar trágicamente.

—Dios me ha salvado—dijo Enrique al terminar—. ¡Bendito y alabado sea mil veces!

—Amén—respondieron todos los demás jóvenes que formaban el grupo.

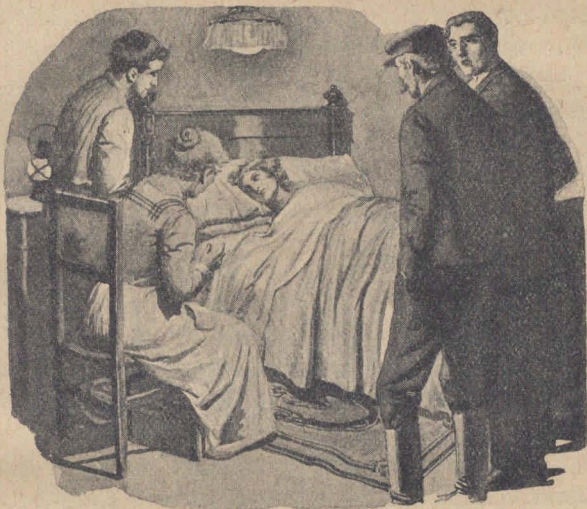
IV

Dos horas emplearon Enrique Ford, Juan Ryan y los mineros que los acompañaban en recorrer la distancia que había desde la boca del pozo que acababa de ser explorado hasta la vivienda del capataz Simón, donde los expedicionarios volvieron a referir detalladamente su aventura.

El anciano Simón Ford sonreíase contemplando a su hijo Enrique, mientras escuchaba el relato de lo ocurrido, satisfecho de la generosidad y valentía del mozo, mientras la bondadosa Margarita temblaba de espanto al enterarse del inminente peligro a que había estado expuesto su hijo y del que se había librado casi providencialmente.

Examinada la criatura sacada de las profundidades del abismo por Enrique Ford, que creyó que era un niño, vióse que era una joven de quince a diez y seis años de edad, cuya mirada vaga, rostro enflaquecido y color rubio le daban un aspecto encantador.

Su cuerpo débil y pequeño, el asombro que reflejaba en su mirada, sus ojos, que no podían resistir la luz de las lámparas de la choza, su ex-



...vióse que era una joven de quince a diez y seis años... (Pag. 28.)

traña fisonomía y todo su ser desmedrado y tímido hacían inducir que era una criatura que no pertenecía a la humanidad más que a medias. Juan Ryan la comparó a un duende de aspecto algo sobrenatural.

La esposa del capataz, que había acostado a la joven en su propio lecho y le prodigó solícitos cuidados hasta que consiguió que volviera a la vida, fué la primera en interrogarle.

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Elena—respondió la joven mirando en torno

suyo con tanta sorpresa como si jamás hubiese visto ninguna de las cosas que la rodeaban.

—¿Te duele algo? ¿No te encuentras mejor? —continuó preguntando Margarita.

—No me duele nada ; pero tengo hambre—respondió la niña, que parecía que acababa de despertarse de un largo sueño—. No he comido desde... desde...

Y no pudo decir más ; advertíase que no estaba familiarizada con el lenguaje, como quien ha perdido la costumbre de hablar.

La bondadosa Margarita se apresuró a darle alimento, que la joven comió con increíble voracidad.

Cuando Elena hubo restaurado en parte sus fuerzas, la esposa del capataz reanudó el interrogatorio.

—¿Desde cuándo estás allá abajo, hija mía?—preguntó.

Pero la joven, que sin duda no había comprendido, limitóse a mirar en torno suyo con sorpresa y admiración, sin responder.

—¿Cuántos días hace?...—insistió Margarita.

—¿Días?—repitió Elena como un eco y moviendo la cabeza.

Indudablemente desconocía el significado de la palabra y no comprendía, por consiguiente, lo que se le acababa de preguntar.

Margarita, para inspirar confianza a la joven,

le había cogido una mano y la acariciaba con ternura maternal.

—¿Cuántos años tienes, hija mía? — le preguntó.

Pero Elena, que, a juzgar por las apariencias, no tenía la menor idea del tiempo, repitió inconsciente :

—¿Cuántos años?

Las palabras *día* y *año* no tenían significado alguno para la joven.

Simón y Enrique Ford, Juan Ryan y los obreros que estaban presentes contemplaban con compasión y simpatía a Elena, cuyo aspecto andrajoso y enfermizo no podía menos de impresionar.

Enrique Ford, especialmente, sentíase misteriosamente atraído hacia la desgraciada criatura que había sacado del fondo tenebroso de un abismo.

El joven aproximóse a ella, le cogió la mano que Margarita acababa de soltar, y le dijo :

—Elena, en el pozo... allá abajo... ¿Estabas sola?

—¡ Ah! — exclamó con expresión salvaje la joven—. ¡ Sola! ¡ sola!

Y su fisonomía reflejó un terror profundo.

—¡ Sola! ¡ sola! — repitió y, levantándose de pronto, como si pretendiera huir, fué a caer sobre el lecho.

Margarita entonces la colocó en posición có-

moda, pasóle la mano por la frente acariciándola, y, luego, dijo a los circunstantes :

—Esta niña está muy débil y no puede respondernos. Dejémosla reposar y, cuando haya descansado y tomado después más alimento, la interrogaremos.

Elena quedó sola en la estancia y un momento después dormía profundamente.

El encuentro de la joven en el fondo tenebroso de un pozo produjo mucho ruido, no sólo entre los trabajadores de la mina, sino también en todo el condado de Stirling y en muchas otras partes del Reino Unido. La fama del ser extraño y misterioso que habitaba en las profundidades de la tierra creció por doquier de una manera extraordinaria y hasta se escribieron romances inspirados en el suceso, que sirvió de pretexto a los supersticiosos para forjar nuevas leyendas fantásticas.

El ingeniero Jacobo Starr fué, como debe suponerse, minuciosamente informado de lo ocurrido, y tan pronto como Elena, algo repuesta de su debilidad, estuvo en disposición de responder a lo que se le preguntase, fué interrogada con extremada solicitud.

La joven desconocía la mayor parte de las cosas de la vida ; no tenía noción alguna de la división del tiempo en años, días y horas, cuyas palabras jamás había oído ; ignoraba la existencia del mundo fuera de la mina, y sus ojos, acostum-



El joven aproximóse a ella, le cogió la mano... (Pág. 31.)

brados a las tinieblas de una noche eterna, se deslumbraban ante el brillo de los focos eléctricos, pero sus pupilas, muy dilatadas, le permitían ver en medio de la más densa obscuridad. El sol y las estrellas, las ciudades y los campos nada eran para aquella criatura débil y enfermiza, que, a juzgar por las apariencias, había vivido siempre en las galerías más profundas de la mina Nueva Aberfoyle.

Era, en cambio, muy inteligente, y esta circunstancia permitía suponer que no tardaría mucho tiempo en adquirir los conocimientos más necesarios de las cosas de la vida.

La absoluta ignorancia de la joven no permitió averiguar cómo había vivido hasta entonces y, desde luego, hubo que renunciar a saber si en las profundidades de la mina habitaban otras personas, porque toda alusión a este punto la aterrizzaba y la hacía temblar. Sin duda era esto un secreto que ella no podía o no quería descubrir.

—¿Quieres vivir siempre con nosotros?—le había preguntado el ingeniero.

—¡ Oh, sí, sí!—había respondido la niña con suma complacencia.

Pero al decirle :

—¿Deseas volver al lugar en que te encontraron?

La joven había exhalado un grito de terror

pánico, que impidió al ingeniero insistir en interrogarle acerca de este extremo.

Este obstinado silencio de Elena inquietaba grandemente a Jacobo Starr y a Simón y Enrique Ford, que no olvidaban los sucesos que acompañaron al descubrimiento de la Nueva Aberfoyle, y estaban temiendo constantemente que sus enemigos invisibles, de cuya existencia no podían dudar, les hicieran víctima de una nueva agresión.

Estos temores les indujeron a explorar detenidamente el pozo misterioso, pero nada encontraron en él que les inspirase sospecha.

Elena era la única que podía informarles si eran pocos o muchos los enemigos con quienes ellos debían luchar y si les amenazaba algún peligro próximo; pero la menor alusión al pasado ocasionaba a la joven crisis terribles y fué preciso abandonar toda investigación respecto al particular. El tiempo, gran maestro de verdades, lo aclararía todo.

V

Elena, que era encantadora, estaba muy agradecida a la familia de los Ford, a quien era deudora de la felicidad que disfrutaba en su nueva existencia.

Margarita la amaba con ternura maternal, y Juan Ryan, que iba con frecuencia a la choza para distraer a la joven con sus cantos, lamentaba profundamente no haber sido él su salvador.

Elena, que hasta entonces no había oído cantar, escuchaba a Ryan con delectación; pero prefería las conversaciones de Enrique, que le hablaba con seriedad, instruyéndola poco a poco en las cosas del mundo exterior.

Desde que la joven había tomado su forma natural, la creencia de Juan Ryan en los duendes habíase debilitado mucho, a lo que contribuyó eficazmente el descubrimiento hecho algún tiempo después por Enrique Ford, que encontró que la mina comunicaba con el exterior por una abertura que terminaba en las ruinas del castillo de Donald.

Indudablemente, si había personas que se ocultaban en la mina, debían salir al exterior por aquella abertura; pero todas las investigaciones practicadas al efecto resultaron inútiles, porque a nadie se encontró. De este hecho deducían el ingeniero y Simón y Enrique Ford que nada había que temer y que los malhechores habían abandonado de manera definitiva la Nueva Aberfoyle.

—Elena—decía Enrique cuando se hablaba de esta cuestión—ha intervenido en este misterio; pero algo teme aún cuando calla. Nos ama, nos está agradecida y supongo que su silencio obedece

más al interés que le inspiramos que al suyo propio.

Aun cuando se había convenido en no recordar a la joven su pasado, Enrique creyóse un día obligado a revelar lo que todos creían deber a su intervención.

Era un domingo y los obreros de la mina des-



cansaban. Enrique y Elena paseaban por la orilla izquierda del lago Malcolm, donde la luz eléctrica se proyectaba más débilmente.

—Tus ojos, no acostumbrados a la luz natural —dijo Enrique—, no podrán resistir el brillo del sol.

—Si el sol—repuso la joven—es como tú dices, seguramente mis ojos no podrán soportar su esplendor.

—No sé, no encuentro palabras para darte idea exacta de la hermosura del mundo que desconoces... Pero, ¿es posible que desde que naciste hasta ahora hayas permanecido constantemente en las profundidades de la mina? ¿No has subido jamás a la superficie del suelo?

—Nunca.

—Lo creo; pero deseo vivamente que me digas: «Deseo ver el sol, porque mis ojos pueden ya resistir su luz. ¡Deseo admirar la obra de Dios!»

—Ya te lo diré, Enrique, y creo que no tardará mucho. Subiré a contemplar el mundo exterior; pero, ¡ay!...

—¿Qué? ¿Te entristece abandonar estas sombrías profundidades en que siempre has vivido?

—No, pero las tinieblas son también hermosas. En ellas hay ruidos que hablan, sombras más densas que pasan, cavidades en que flota una vaga luz.

—¿La soledad no te asustaba?

—La soledad daba tranquilidad a mi espíritu. Precisamente cuando estaba sola era cuando no tenía miedo.

—¿No temías perderte en estas galerías? Es muy fácil extraviarse.

—Conozco perfectamente todos los rincones de

la mina; no existe en ella una sola galería que no haya recorrido muchas veces.

—¿Conocías nuestra choza?

—Sí; la choza, sí; pero sólo de lejos vi a los que la habitaban.

—Los que la habitaban eran mis padres y yo, que no quisimos abandonarla. Gracias a esto, se ha descubierto la nueva mina, se ha fundado un pueblo que vive relativamente feliz a expensas del trabajo y se te ha sacado a ti del mundo tenebroso en que vivías y puedes ahora estar entre personas que te aman entrañablemente.

—Es una felicidad para mí—se apresuró a responder Elena, quien, después de una breve pausa, agregó—: En aquella época era muy peligroso entrar en la mina, Enrique.

—¿Muy peligroso? ¿Por qué?

—Sí, muy peligroso—insistió la joven—. Un día penetraron en estos abismos algunos imprudentes... y se perdieron.

—¿Se perdieron?—preguntó Enrique mirando con insistencia a su interlocutora.

—Sí, se perdieron—asintió Elena con voz temblorosa—. Se les apagó la lámpara y les fué imposible, a oscuras, encontrar el camino...

—Y allí permanecieron encerrados ocho días luchando con la muerte—prosiguió Enrique—, donde seguramente hubieran perecido si un ángel bondadoso no acude en su socorro. ¡Bendito sea mil veces aquel ángel que les llevó secretamente

algún alimento y los sacó de aquella tumba sirviéndoles de guía!

—¿Cómo sabes tú eso, Enrique?

—¡Oh, no lo olvidaré nunca! Los hombres que se perdieron en la mina éramos el señor Starr, mi padre y yo.

—¡Tú!—exclamó Elena, profundamente sorprendida.

—Sí, y estamos convencidos de que a ti te debemos la vida, porque el ángel enviado por Dios en nuestro socorro fuiste tú.

La joven inclinó la cabeza sin responder. Estaba profundamente conmovida.

No es necesario decir que Enrique y Elena se amaban; pero ni el uno ni la otra habíanselo confesado: ella, porque probablemente lo ignoraba, y él porque esperaba que la joven conociera más el mundo para que nadie supusiera que había sorprendido su buena fe o abusado de su ignorancia.

Pero, aunque Enrique no revelase a nadie los sentimientos que Elena le inspiraba, su secreto era conocido de todos.

—¿Cuándo te casas?—preguntó un día Juan Ryan a su amigo Enrique.

—¡Casarme!—exclamó el interpelado con no fingida sorpresa.

—Vaya, déjate de tonterías y no pretendas negar que amas a Elena.

—No niego ni afirmo nada.

—Pues bien, lo afirmo yo, que te conozco. Es-

tás enamorado, y como amar honestamente a una mujer no es pecado, debes apresurarte a hacerla tu esposa.

—¡ Oh !—replicó Enrique—, tengo escrúpulos de conciencia en pedirle que adopte una resolución que ha de ser irreparable, antes de que conozca el mundo. ¿Quién sabe si se arrepentiría de comprometerse a vivir siempre en la mina? Antes es preciso educarla, y hacerle contemplar la tierra y sus maravillas, el cielo y sus esplendores. Quizá, cuando vea que los límites del universo son infinitos, no le agrade vivir en este mundo subterráneo que hasta ahora es el único que conoce.

—¿Piensas enviarla a un colegio de Edimburgo?

—No ; a Elena la educaré yo. Le enseñaré a leer y a escribir, pero antes la sacaré a la superficie de la tierra, para que vea y compare la diferencia de vida que existe entre los moradores de allá arriba y los de aquí abajo.

—Ahora te comprendo—repuso Ryan—, y me parece muy bien tu determinación ; pero, ¿cuándo harás eso?

—Cuando los ojos de Elena, que poco a poco van acostumbrándose a la claridad de nuestros focos eléctricos, puedan soportar la luz del día. Dentro de un mes, probablemente.

—Antes y después de ver el sol y conocer el mundo, Elena no amará a otro hombre que a ti,

ni preferirá otra existencia que la que pueda compartir contigo.

—Dios haga que así sea ; pero te ruego, amigo Juan, que a nadie hables de lo que acabo de decirte.

—Puesto que así lo quieres, a nadie hablaré ; seré mudo como una piedra, pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Que he de acompañaros la primera vez que suba Elena a la superficie de la tierra.

—Bien ; nos acompañarás.

Y, dicho esto, los dos amigos se separaron satisfechos.

Desde entonces Enrique se propuso, con el entusiasmo propio de un enamorado, educar a Elena, a quien dedicaba todas las horas que el trabajo le dejaba libres, por lo cual la joven, que era muy inteligente, hizo en seguida rápidos progresos.

A Simón y Margarita no les desagradaba que su hijo amase a Elena, de quien cada día estaban más apasionados.

Para Enrique, que por voluntad propia estaba destinado a vivir constantemente en la mina, no podía haber esposa más a propósito que Elena, que había nacido en las profundidades de la tierra y cifraba toda su dicha en permanecer en el antro tenebroso que había sido siempre su morada.

Además, como era muy posible que los enemigos invisibles que pusieron obstáculos a la explo-



...Enrique se propuso, con el entusiasmo propio de un enamorado, educar a Elena... (Pág. 41.)

tación de la Nueva Aberfoyle, cuando ésta fué descubierta, pretendieran alguna vez perjudicar a los trabajadores y hacerlos víctimas de un atentado, Elena, que evidentemente era la única que conocía el misterio de la mina, les ayudaría a vencer las dificultades que los citados enemigos pudieran oponerles.

—Elena no ha querido revelar el misterio que sin duda alguna existe en la mina—decía a veces el ingeniero Jacobo Starr—; pero, cuando se case con Enrique, no tardará en decirle lo que hasta

ahora ha callado, porque el peligro amenazaría a él lo mismo que a nosotros, y ella no querrá exponerse con su silencio a perder un marido a quien seguramente amará mucho.

El matrimonio de Enrique Ford con Elena era, por consiguiente, no sólo bien visto por todos y para todos conveniente, sino deseado por cuantos habitaban en la Nueva Aberfoyle.

Únicamente tenía un opositor este enlace ; pero, como este opositor era desconocido, creíase generalmente que nadie era contrario a la felicidad de los dos jóvenes.

¿Quién era el ser desconocido a quien no agradaba el casamiento de Enrique con Elena? Era un ente misterioso que cuando en la hora del reposo se apagaban los focos eléctricos y la ciudad obrera quedaba a oscuras, cuando los habitantes de Ciudad-Carbón se encerraban en sus chozas, salía de uno de los antros más sombríos y se deslizaba en las tinieblas a través de galerías tan angostas que parecían impracticables. Era un ser enigmático, especie de fantasma que, guiado por su prodigioso instinto, se arrastraba a las orillas del lago Malcolm y se dirigía hacia la vivienda de Simón Ford y aplicaba el oído a las ventanas para escuchar la conversación de los que dentro de la choza hablaban.

Este ser misterioso, cuyos ojos veían a través de las sombras más densas, caminaba con pruden-

cia y habilidad tan extremadas, que nadie había logrado verlo ni aun sentirlo.

Cuando, a través de las puertas de la choza de Simón Ford, llegaban hasta él algunas de las palabras que dentro se pronunciaban, se encoleri-



zaba, levantaba su brazo con gesto amenazador, y decía a sí mismo :

—¡Jamás! ¡Ella y él, jamás!

Un mes después, a las nueve de la noche del 20 de agosto, Jacobo Starr, Juan Ryan, Enrique Ford y Elena, subieron al último tren del túnel de la Nueva Aberfoyle, y veinte minutos después llegaban a la estación en que enlazaba el pequeño

ramal del ferrocarril de Dumbarton a Stirling, que iba a la mina.

Juan Ryan estaba alegre como un pájaro que tiende el vuelo a la aparición de la aurora ; Enrique Ford, preocupado, y Elena, pensativa.

En cuanto al ingeniero, que acompañaba a los jóvenes como observador desde el punto de vista psicológico, no cesaba de contemplar a Elena con el deseo de descubrir algo que le revelase el misterio de la infancia de la joven.

Cuando los viajeros llegaron a la superficie de la tierra, la noche era ya muy oscura ; pero la hora había sido elegida de propósito para que Elena pasara por una gradación insensible de las tinieblas nocturnas a la claridad del sol. Sacarla de pronto de las sombras eternas en que había vivido en la mina a la luz esplendorosa del medio día hubiera sido peligroso.

Al apearse del tren los excursionistas, en la estación de Stirling, elevábanse en el espacio, desde el horizonte al cenit, algunos vapores empujados por la brisa que refrescaba la atmósfera.

La primera impresión física que experimentó Elena fué la del aire, que aspiraban sus pulmones con avidez y delectación.

—Este aire cargado de las emanaciones puras del campo—dijo Jacobo Starr—es muy saludable.

—Respira bien, Elena—aconsejó Enrique— ; respira bien.

—Esos humos que corren por encima de nuestras cabezas, ¿qué son?—preguntó la joven.

—No son humos—respondió Enrique—, sino nubes; vapores medio condensados que el aire empuja hacia Occidente.

—¡ Ah!—exclamó contemplando el espacio con embeleso—. ¡ Qué placer más grande sería para mí el envolverme en esos torbellinos silenciosos y ser conducida por ellos! Y esos puntos luminosos que brillan en la altura a través de las nubes, ¿qué son?

—Son estrellas—la instruyó Enrique—; las estrellas cuya existencia te he explicado, centros de mundos que acaso sean semejantes al nuestro.

—Pero, si son soles como tú me has dicho—inquirió Elena curiosamente—, ¿cómo mi vista resiste su brillo?

—Son soles, en efecto, hija mía—explicó el señor Starr, que, por ser más ilustrado que sus acompañantes, creyóse obligado a intervenir—; pero esos soles se encuentran a una distancia inmensa de nosotros. El más próximo de esos millares de astros, cuya luz vemos, está a cincuenta millones de millones de leguas, y su brillo no puede herir tu vista; pero mañana se levantará el sol, que sólo dista treinta y ocho millones de leguas, y tus ojos, como los de ninguna otra persona, no podrán mirarlo, porque es más ardiente que el foco de un horno. Pero vamos, hija mía; emprendamos la marcha.

Y, dicho esto, los viajeros empezaron a andar por un camino, bordeado de árboles muy corpulentos, que conducía a las orillas del río Forth.

Estos árboles parecían a Elena gigantes que gesticulaban.

El susurro de la brisa que agitaba las ramas,



...tomó un poco de agua en la mano... (Pág. 48.)

el silencio augusto de los campos cuando el viento cesaba, y la línea del horizonte que se distinguía más claramente cuando el camino atravesaba una llanura, producían al alma de la joven impresiones nuevas e imborrables que la inclinaban hacia Dios, cuyo poder infinito no cesaba de alabar.

A las once y media llegaron los viajeros a la orilla septentrional del río Forth, donde una barca que había sido fletada por Jacobo Starr y que debía conducirlos al puerto de Edimburgo, los estaba esperando.

—¿Esta agua es un lago?—preguntó Elena.

—Es un golfo de aguas corrientes, la embocadura de un río, casi un brazo de mar—respondió Enrique—. Toma un poco de agua con la mano, pruébala y verás que no es dulce como la del lago Malcolm.

La joven se inclinó, tomó un poco de agua en la mano y, escupiéndola en seguida, exclamó :

—¡ Es salada !

—Sí—explicó Enrique—, porque es la hora de la marea alta y el mar ha llegado hasta aquí. De esta agua salada que has probado están cubiertas las tres cuartas partes del globo terráqueo.

—¿Por qué, pues, es dulce el agua de los ríos, si no es otra que el agua del mar que derraman las nubes?

El señor Starr intervino para sacar de dudas a la joven, diciéndole :

—Porque, al evaporarse, las aguas del mar pierden las sales, y las nubes se forman por la evaporación y devuelven luego el agua al mar en forma de lluvia.

—¡ Enrique ! ¡ Enrique !—exclamó de pronto Elena mirando al espacio—. Ese resplandor roji-



...ambos jóvenes, cogidos por la mano .. (Pág. 52.)

zo que se inflama en el horizonte ¿es un bosque ardiendo?

—Es la luna que sale.

—Sí, la luna—agregó Ryan sonriéndose—, una hermosa batea de plata a que los genios hacen dar



vuelta por el espacio y que va recogiendo un tesoro de estrellas.

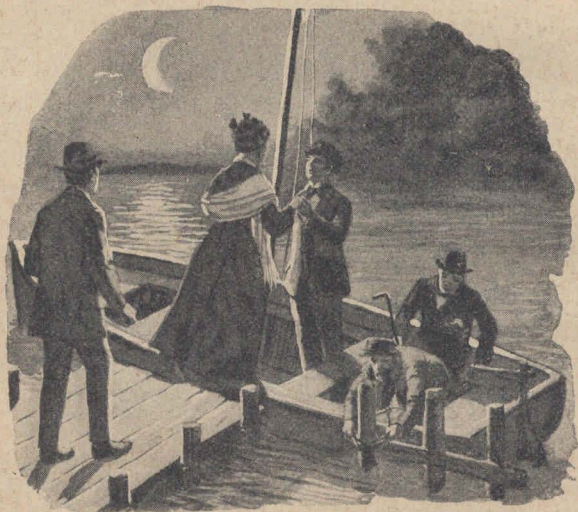
—No te suponía tan ingenioso, amigo Ryan—dijo a éste el ingeniero poniéndole una mano sobre el hombro—. Tu comparación es muy hábil... y muy atrevida.

—Es exacta, señor Starr—replicó el joven—. Las estrellas desaparecen a medida que la luna avanza, luego es indudable que las recoge.

—La luna—explicó el ingeniero—apaga con su brillo el de las estrellas de sexta magnitud, y por eso desaparecen éstas al paso de aquélla.

—¡Oh, qué espectáculo tan hermoso!—exclamó Elena entusiasmada—. Pero yo creía que la luna era redonda.

—Y redonda es efectivamente—afirmó el señor



...entraron en la barca, que estaba amarrada a una estaca de la orilla... (Pág. 51.)

Starr—cuando está llena, o lo que es lo mismo, cuando está en oposición con el sol, pero esta noche entra en su último cuarto, tiene cuernos y, por consiguiente, la bandeja a que, según Ryan,

hacen dar vueltas los genios en el espacio, no es más que una bacía de barbero.

Elena contemplaba extática el grandioso espectáculo que se extendía ante su vista y su alma piadosa elevaba un himno de alabanza al Creador de tanta maravilla.

—Embarquémonos—dijo Jacobo Starr—. Es preciso subir al pico Arturo antes de la salida del sol.

Los viajeros entraron en la barca, que estaba amarrada a una estaca de la orilla, y el marinero que la guardaba izó la vela.

VI

El golfo estaba tranquilo como un lago, y Elena, mecida suavemente por el movimiento de la barca, no tardó en dormirse, con la cabeza recostada sobre el pecho de Enrique Ford.

La noche era muy clara y la embarcación parecía deslizarse sobre una superficie de plata brillante.

Eran las dos de la madrugada cuando los viajeros llegaron a Granton, en cuyo puertecillo balanceábanse dulcemente unas cuantas barcas de pescadores.

En aquel momento despertó Elena, y Enrique

la agarró por un brazo para ayudarle a desembarcar.

Luego, ambos jóvenes, cogidos por la mano, siguieron a Starr y a Ryan que iban delante, y los cuatro se internaron en las calles desiertas de la población.

En la calle de Canongate se detuvo Elena contemplando un edificio aislado que se elevaba en el fondo de una plazuela.

—¿Qué es esa masa tan confusa?—preguntó.

—Es el palacio de los antiguos reyes de Escocia—respondió el ingeniero—, donde han ocurrido numerosos hechos trágicos, y donde el historiador puede evocar muchas sombras reales. Este edificio, de día, parece con sus cuatro torres almenadas un castillo de recreo, al que sus dueños han conservado por capricho el carácter feudal.

Los viajeros atravesaron la población y, por un sendero que hace fácil la ascensión, subieron al pico Arturo, colina de setecientos cincuenta pies de altura, cuya cima, mirada desde el Poniente, semeja la cabeza de un león.

Jacobo Starr, Juan Ryan, Enrique Ford y Elena se sentaron.

—Esperemos, hija mía—dijo el ingeniero a la joven—. El sol no tardará en salir, y, cuando salga, podrás contemplarlo en todo su magnífico esplendor. Es un espectáculo tan grandioso que, aun cuando en la Naturaleza no hubiese otras maravillas que contemplar, él solo es suficiente para

proclamar la sublime grandeza y el poder infinito del Supremo Hacedor de los mundos.

Elena miraba entonces hacia Oriente, y Enrique, que estaba a su lado y la observaba con atención, el ingeniero y Juan Ryan guardaban silencio, mientras poco a poco iba dibujándose en el horizonte, sobre un fondo de ligeras brumas, una línea blanca con matices rosados.

Al fin, llegó a los ojos de la joven el primer rayo de luz solar, ese rayo verde que, cuando el horizonte está puro, brota del mar en la salida y postura del gran astro diurno.

—¡Fuego! — exclamó medio minuto después Elena, levantándose de pronto y señalando un punto luminoso que aparentemente dominaba las alturas de la población.

—No es fuego, Elena—respondió Enrique—. Es el reflejo dorado que el sol pone en el monumento de Walter Scott, elevado en una plaza de la ciudad.

Era ya completamente de día. Apareció el sol, y su brillo, que no tardó en hacerse insostenible, semejaba el resplandor de la boca de un horno encendido que agujereaba el cielo.

Elena cayó de rodillas exclamando :

—¡Dios mío, qué hermosa es tu obra! ¡Los cielos y la tierra proclaman tu grandeza!

Luego extendió la vista en torno suyo y contempló el panorama que se desarrollaba a sus pies. Ante el espectáculo sublime que la ciudad



—¡Dios mío, qué hermosa es tu obra! (Pág. 53.)

y el campo le ofrecían, sus labios enmudecieron y sus manos temblaron, cayendo al fin desvanecida en los brazos de Enrique Ford.

Poco después los excursionistas descendieron del pico Arturo y se internaron en la ciudad, en uno de cuyos hoteles se desayunaron.

Cada vez que Elena contemplaba una cosa nueva, sus labios murmuraban piadosamente :

—¡Dios mío ! ¡ Dios mío !

Durante los dos días que duró la excursión a la superficie de la tierra, Enrique, el ingeniero y Ryan hicieron contemplar a la joven los edificios

públicos de Edimburgo, los campos, los ríos, los lagos, los jardines y cuantas maravillas contribuyen al recreo y bienestar de los hombres, y a las que los que están acostumbrados a verlas constantemente no suelen dar importancia alguna.

Para regresar a la mina, los viajeros tomaron un barco llamado *Rob-Roy* (1), que hacía la travesía del lago Katrine.

Mientras navegaban los excursionistas, absorto cada cual en sus pensamientos, guardaban silencio, que únicamente interrumpía Ryan de vez en cuando para entonar alguna de sus canciones favoritas.

La constante tensión de espíritu tenía aplanada a Elena.

Sólo faltaba ya al *Rob-Roy* recorrer media milla para terminar su viaje, cuando Enrique, muy emocionado, teniendo entre las suyas una mano de Elena, le dijo :

—Pronto estaremos de regreso en nuestra tenebrosa vivienda subterránea. Cuando te encuentres en ella, ¿no echarás de menos las cosas que acabas de ver a la luz del día?

—No, Enrique—respondió la joven—. Las recordaré siempre con gusto, pero mi deseo más vehementemente es vivir siempre en la mina, donde nací

(1) Título de una novela de Walter Scott, de quien Julio Verne se muestra gran admirador.—*N. del T.*

y donde te he conocido. Bella es la luz del sol, pero también las sombras tienen belleza, porque unas y otras son obra de Dios, y Dios no ha hecho nada imperfecto.

—Elena—preguntó Enrique, que en vano se esforzaba por parecer tranquilo—, ¿quieres compartir conmigo tu vida, unidos ante Dios y ante los hombres por el sagrado vínculo del matrimonio?

—Sí, Enrique, quiero—respondió la joven.

En aquel momento, el *Rob-Roy* sufrió un choque brusco, que desconcertó a los viajeros. La quilla del barco acababa de tropezar con el fondo del lago, de donde no la podía arrancar la máquina.

Como si en el fondo se hubiera abierto una grieta inmensa, las aguas habían pasado súbitamente a las entrañas de la tierra, quedando vacía la parte oriental del lago, que semejaba una playa después del equinoccio.

—¡Dios salve a la Nueva Aberfoyle!—exclamó aterrorizado Jacobo Starr, como si hubiera descubierto en seguida la causa del fenómeno.

Efectivamente, al mismo tiempo que en la superficie de la tierra ocurría este suceso inesperado, en el interior de la mina oyóse un extraordinario mugido, algo semejante al que produciría una catarata que se precipitara en un abismo abierto en el centro de la tierra. Se hincharon las aguas del lago Malcolm; una ola, parecida a la de la marea

creciente, invadió las orillas y rompióse contra la choza de Simón Ford, quien encontrábase entonces sentado con su esposa, hablando, como siempre, de su hijo Enrique y de Elena.

Los dos ancianos se levantaron rápidamente. El capataz cogió a Margarita y la subió al piso principal antes que ella advirtiera lo que ocurría.

Por todas partes resonaron gritos en la mina, cuyos habitantes, sorprendidos por la repentina inundación, buscaron refugio hasta en las altas rocas esquistasas que rodeaban el lago.

Algunas familias, enloquecidas por el terror, corrieron hacia el túnel para subir a los pisos superiores; pero, en aquel momento, los primeros fugitivos se encontraron frente a Simón Ford, que había salido de su casa y que les gritaba para tranquilizarlos:

—¡No corráis! ¡deteneos! Las aguas no crecen y el peligro parece conjurado. Si el mar hubiera entrado en la mina, correría más que nosotros y ninguno se salvaría; pero, afortunadamente, nada hay ya que temer.

Y, efectivamente, era así, porque la invasión no había hecho más que elevar algunos pies las aguas del lago y la población minera no corría peligro alguno.

Sin duda alguna, el agua, arrastrada a las profundidades de la mina, que no estaban aún en explotación, no había ocasionado víctimas.

Al pronto, Simón Ford ni ninguno de los mi-

neros pudieron comprender la causa de la inundación; pero aquella misma tarde los periódicos publicaron la descripción del fenómeno ocurrido en el lago Katrine, y entonces se supo que éste se había desfondado y las aguas entrado en la mina por un inmenso agujero.

Starr, Enrique Ford, Elena y Ryan confirmaron el hecho cuando llegaron a la Nueva Aberfoyle.

Por fortuna, la inundación no produjo en la mina más que algunas pérdidas materiales, y, aunque el suceso pareció debido a una causa natural, preocupó grandemente al ingeniero, que temió se tratara de un atentado cometido por el genio malhechor que con tanta insistencia se oponía a la explotación de la Nueva Aberfoyle.

De estos temores participaban Simón y Enrique Ford, quienes se abstuvieron de exteriorizarlos ante Elena, que estaba muy angustiada.

Para resolver esta duda, el ingeniero, el viejo capataz y Enrique examinaron los pilares que sostenían la bóveda en que reposaba el lago Katrine y adquirieron la convicción de que el suceso había sido premeditado y ejecutado por la mano del hombre. Los citados pilares habían sido minados.

—Ya no hay duda—dijo Starr—. Tenemos un enemigo implacable que se ha propuesto arruinar la explotación de la mina y perdernos a todos.

—No tengo que reprocharme—repuso Simón

Ford—el haber hecho jamás daño a persona alguna, y no comprendo cómo tengo enemigos.

—No es solamente enemigo suyo—explicó el ingeniero—, sino enemigo de cuantos estamos en la Nueva Aberfoyle el que comete estos atentados, porque a todos perjudica de igual modo. Es un misterio éste, que únicamente Elena podría esclarecer si quisiera hablar.

—¡ Oh !—exclamó Enrique—. Elena está muy angustiada, tiene una pena que la ahoga y, si nada dice, es seguramente porque razones muy poderosas se lo impiden. Le ruego, padre mío, que no se le pregunte nada y que apresuremos mi boda.

—Antes de un mes, te casarás—asintió Simón Ford.

—Yo desempeñaré cerca de Elena el papel de padre—dijo el ingeniero.

Y, como acababa de convenirse, en seguida se empezaron a hacer los preparativos para la celebración del matrimonio.

VII

Los trabajadores de la Nueva Aberfoyle estaban que no cabían en sí de gozo. Como todos amaban a Enrique y a Elena, la próxima boda de éstos era un acontecimiento que esperaban con ansia. Especialmente Ryan estaba tan loco de

contento, que no cesaba de reír y cantar ni aun de noche. La choza en que vivían los novios iba llenándose de obsequios, y de todas partes llegaban felicitaciones que revelaban el aprecio general con que era distinguida la familia de los Ford.

Una nube, sin embargo, obscurecía la dicha de Enrique y Elena, pues desde que se anunció su boda empezaron a ocurrir catástrofes en la mina, que se repetían con tanta más frecuencia cuanto más se aproximaba la fecha del feliz acontecimiento.

Incendios, hundimientos, descarrilamientos del tranvía mecánico y todos cuantos accidentes desgraciados pueden poner en peligro la vida de los trabajadores ocurrieron en la mina, con frecuencia tal, que los mineros llegaron a tener pánico.

Se practicaron minuciosas investigaciones, la policía del condado vigiló noche y día, pero todas las pesquisas resultaron inútiles. Sólo se adquirió la convicción de que estos accidentes eran provocados por manos criminales.

Habiendo los hechos demostrado que el objeto principal de la malevolencia era Enrique, que escapó milagrosamente de la muerte, Jacobo Starr prohibió al joven aventurarse fuera del centro de los trabajos, y la misma precaución se adoptó con Elena, a quien ocultaron las tentativas criminales que podían recordarle el pasado.

En compensación, la joven también velaba por

los demás, y sólo cuando veía reunidos en la choza a todos sus amigos estaba tranquila.

Una mañana, ocho días antes de la fecha fijada para la celebración del matrimonio, Elena, impulsada quizá por un presentimiento, abandonó el lecho antes que los demás e intentó salir de la



choza para inspeccionar las inmediaciones ; pero, al llegar a la puerta, retrocedió espantada y exhaló un grito de profunda angustia.

Simón, Margarita y Enrique acudieron presurosos y encontraron a la joven, pálida, desfigurada, con el terror reflejado en el rostro y señalando con la mano crispada unas líneas que durante la noche habían sido escritas sobre la puerta.

Las líneas que tanto aterrorizaban a Elena, decían lo siguiente :

«Simon Ford, me robaste el último filón de nuestra antigua mina, y tu hijo Enrique me ha robado a Elena. ¡ Malditos seáis todos y maldita sea también la Nueva Aberfoyle !—SILFAX.»

—¡ Silfax !—exclamaron al unísono Simón y Margarita.

—¡ Silfax ! ¡ Silfax !—repitió Elena con profunda desesperación y temblando de pies a cabeza.

—¿ Quién es Silfax ?—preguntó Enrique mirando alternativamente a su padre y a su prometida.

El ingeniero Starr, que no tardó en presentarse, exclamó, después de leer varias veces la frase amenazadora escrita sobre la puerta de la morada del viejo capataz :

—Estas líneas están trazadas por la misma mano que me escribió la carta en que se me decía que no viniera aquí. ¿ Quién es este hombre ? ¿ Quién es Silfax ? Usted, amigo Simón, lo conoce sin duda.

Y así era, en efecto. El nombre de Silfax había sido una revelación para el anciano Ford. Era el nombre del último *penitente* de la antigua mina Dochart, hombre terrible que, antes de la invención de la lámpara de seguridad, provocaba diariamente, con exposición de su vida, las explosiones parciales de hidrógeno.

Simón Ford había visto a aquel hombre extraordinario arrastrarse por las galerías de la mina, acompañado de un pájaro monstruoso, especie de mochuelo enorme, que, ayudándole en su peligroso oficio, elevaba, a los sitios a que Silfax no alcanzaba con la mano, una mecha encendida.

Aquel viejo había desaparecido un día, juntamente con una niña huérfana, que seguramente era Elena y que no tenía más pariente que él. La joven había vivido, por consiguiente, quince años en el abismo tenebroso, con Silfax, que era su abuelo, hasta que la salvó Enrique.

Simón Ford refirió al ingeniero y a su hijo lo que el nombre del *penitente* acababa de revelarles y que fué suficiente para esclarecer la situación.

Silfax era, sin duda alguna, el ser misterioso que habitaba en las profundidades de la mina y que con tanta saña los venía persiguiendo.

—¿De modo que usted lo conoció?—preguntó el ingeniero.

—Sí—asintió el capataz—. Era una especie de salvaje, que no trataba a nadie y no temía al agua ni al fuego. Eligió por gusto la peligrosa profesión que ejercía y todos le llamábamos «el hombre del mochuelo». Lo creían malo, pero probablemente sólo era loco; tenía una fuerza hercúlea y conocía todos los rincones de la mina mejor que todos los obreros juntos. Yo lo suponía muerto ya.

—No comprendo estas palabras: «me robaste

el último filón de nuestra antigua mina»—dijo Starr.

—La profesión le había trastornado el juicio y pretendía tener derechos sobre la antigua Aberfoyle—explicó Simón Ford—. Parecía que cada azadonazo le arrancaba a él las entrañas; pero repito que lo creía muerto hace muchos años.

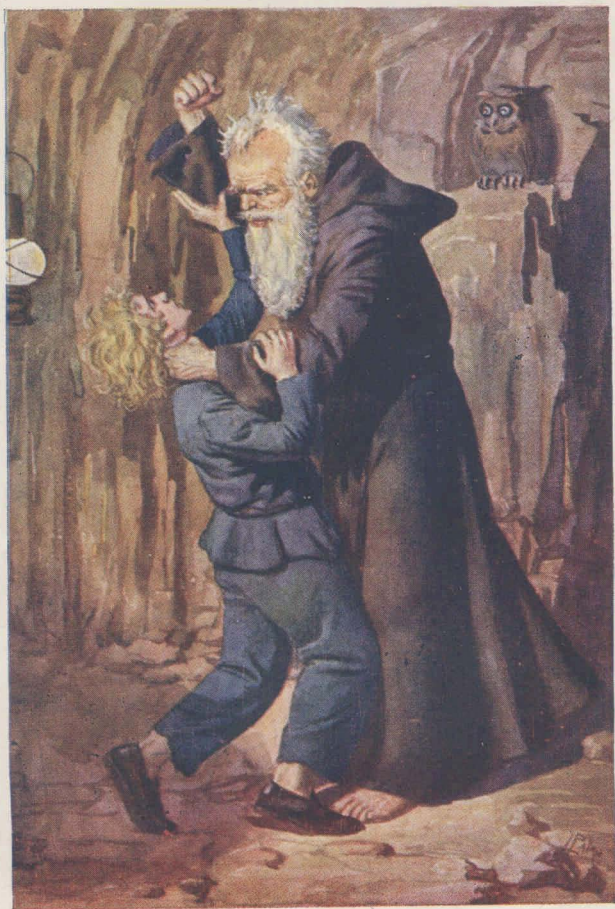
—Todo está ahora perfectamente explicado—repuso el ingeniero—. La casualidad revelaría a Silfax la existencia del nuevo filón, y en su insensato egoísmo de loco se ha constituido en su defensor, y ha pretendido por todos los medios imaginables impedir la explotación. Ahora, el proyectado casamiento de su nieta con Enrique lo ha concluído de exasperar.

—Pues, a pesar de todo, me casaré con Elena—dijo con firmeza el joven Ford.

—Sí—asintió Starr—; pero es necesario que estemos sobre aviso, porque la locura de ese viejo es peligrosa y puede exterminarnos a todos. En primer lugar, interrogaremos a Elena, porque, hasta en beneficio de su mismo abuelo, conviene que hable para que podamos destruir sus infames proyectos.

—Voy en su busca—dijo Enrique, avanzando hacia el interior de la choza, adonde Margarita había hecho retirar a la joven para que se repusiera del sobresalto que las líneas escritas por Silfax le habían ocasionado.

Pero en aquel momento presentóse Elena que



...me maltrató tan cruelmente, que temí perecer entre
sus manos. (Pág. 67.)



con voz firme y clara dijo, deteniendo con un gesto a su novio :

—Ya es imposible guardar silencio, pues es preciso que tú y tus padres sepáis todo cuanto a mí se refiere.

Todos los circunstantes se dispusieron a escuchar con suma atención.

—Soy la nieta del viejo Silfax—prosiguió la joven—y, hasta que entré en esta casa, no he conocido madre alguna, ni tenido padre alguno hasta que conocí al señor Simón.

—¡ Bendito sea ese día !—interrumpió la bondadosa Margarita.

—Sin amigos, sin conocidos y sin más pariente que mi abuelo—continuó la joven—, he vivido durante quince años en los abismos más profundos de la mina. Tengo un vago recuerdo de que fué mi nodriza una cabra, cuya pérdida me ocasionó gran disgusto. Mi abuelo, a quien apenas veía, la reemplazó por un perro; pero, como éste era alegre y ladraba y a mi abuelo le molestaba el ruido, el animal desapareció. Después he tenido por amigo un buho, un pájaro feroz, que me respetaba más que a su amo... pero advierto que sólo hablo de mí, y es de vosotros de quienes debo hablar.

—Di cuanto quieras, hija mía—repuso Starr—, pues todo nos interesa de igual modo.

—Aunque mi abuelo tenía espacio sobrado y viviese lejos de vosotros—continuó Elena—, le disgustaba profundamente la presencia de ustedes en la antigua mina; pero cuando su cólera se desbordó fué al enterarse de que se intentaba penetrar en la nueva mina, que él consideraba como de su exclusiva propiedad, y juró exterminar a ustedes. Sus amenazas me atemorizaron.

—Prosigue, hija mía—dijo Simón Ford a la joven, que se había callado para concentrar sus recuerdos.

—Cuando mi abuelo vió penetrar a ustedes en la galería de la Nueva Aberfoyle, tapió la entrada y los redujo a prisión; pero, como yo no podía permitir que seres humanos pudiesen de ham-

bre, les proporcioné algunos días pan y agua, exponiéndome a ser descubierta. La vigilancia extremada que mi abuelo ejercía sobre mí me impidió libertar a ustedes ; pero, cuando llegó Juan Ryan y sus compañeros, los conduje al sitio en que ustedes se encontraban. Al volver, fui sorprendida por mi abuelo, quien me maltrató tan cruelmente, que temí perecer entre sus manos.

—¡Infortunada Elena, cuánto has sufrido! — exclamó Enrique.

—Mi abuelo—siguió diciendo la joven—concluyó de perder el juicio, aseguraba que era el rey de la obscuridad y del fuego, y cada vez que oía los golpes de los picos en el filón me maltrataba bárbaramente. Por fin, hace tres meses, en un acceso incalificable de locura, me bajó al abismo de que me sacó Enrique, y desapareció después de llamar al buho, que me permaneció fiel... Ya lo ven ustedes, la nieta del viejo Silfax no puede ser la esposa de Enrique Ford, porque este matrimonio costaría la vida a todos.

—Pues, a pesar de eso—afirmó resueltamente Enrique—, me casaré contigo.

—¡No!—respondió Elena—. Para que ustedes se salven, es preciso que me sacrifique y vuelva al lado de mi abuelo, que amenaza a toda la Nueva Aberfoyle y no tiene la menor idea de lo que es el perdón. Ustedes me han hecho conocer la felicidad, y no debo, ni puedo, ni quiero ser tan ingrata que deje de hacer cuanto de mí dependa

para apartar de ustedes la espada que está dispuesta a quitarles la vida.

—Está bien, hija mía—dijo Jacobo Starr con acento autoritario—. Oye lo que te contestamos : no te dejaremos marchar, aunque sea preciso emplear la fuerza para retenerte a nuestro lado.

—Madre—preguntó entonces Enrique a Margarita—, ¿qué pensaría usted del hombre que abandonase a esta joven que acaba de hablar?

—Pensaría—repuso la anciana—que es un infame, y si este hombre fuera mi hijo, renegaría de él.

—Ya sabes—prosiguió Enrique, dirigiéndose a Elena—cómo piensa nuestra madre. Te seguiré a todas partes, y adondequiera que vayas, iremos juntos.

—¡ Enrique ! ¡ Enrique !—exclamó Elena cayendo desvanecida, a causa de la emoción, en brazos de Margarita.

Desde aquel momento se extremó la vigilancia en la mina, hasta tal punto que los obreros tuvieron por seguro que los jefes esperaban una nueva agresión por parte de los enemigos invisibles ; pero todo fué inútil. Silfax no dió señales de vida, y, al fin, llegó el día señalado para la boda.

Aquella mañana todos los habitantes de Ciudad Carbón se levantaron más temprano que de costumbre.

Como maestros y obreros deseaban tributar un homenaje al capataz Simón y a Enrique Ford,



...cayendo desvanecida, a causa de la emoción, en brazos de Margarita. (Pág. 68.)

a cuya perseverancia y atrevimiento se debía que la mina hubiera recobrado su antigua prosperidad, suspendiéronse los trabajos, y todos los moradores de aquel mundo subterráneo, engalanados con sus mejores trajes, se dispusieron a asistir a la ceremonia que debía verificarse en la capilla de San Gil, elevada a orillas del lago Malcolm.

A las once se puso en marcha la comitiva. Enrique daba el brazo a su madre, y el viejo Simón a Elena, a quienes seguían Jacobo Starr y Juan Ryan que no cabía en sí de puro gozo.

El ingeniero estaba aparentemente tranquilo, pero en su intimidad temía algún atentado, porque no olvidaba un momento las amenazas del loco Silfax.

Después iban los ingenieros de la Nueva Aberfoyle, las personas más notables de Ciudad-Carbón, los amigos, los compañeros del capataz, todos los miembros de aquella numerosa familia de trabajadores que formaban la población especial de aquel mundo subterráneo.

Era un día caluroso de agosto, y el aire tempestuoso del exterior penetraba hasta las profundidades de la mina, cuya temperatura se había elevado de una manera anormal.

En el *cielo* de Ciudad-Carbón, los focos eléctricos, reavivados por intensas corrientes, brillaban como soles, y en la capilla las lámparas proyectaban una luz tan viva, que los vidrios policromos semejabán kaleidoscopios de fuego.

El sacerdote que iba a bendecir, en nombre de Dios, a los novios, esperaba a la comitiva a la puerta del templo.

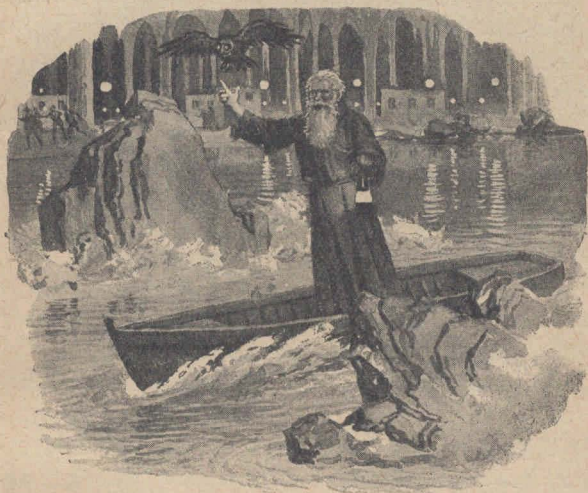
Siguiendo la orilla del lago, llegaron los contrayentes y su acompañamiento a la capilla, resonó el órgano y comenzó la ceremonia; pero ésta no concluyó.

Un inmenso clamor resonó fuera del templo.

Una de las enormes rocas que, a cien pasos de la capilla, había a la orilla del lago, se desplomó de pronto, sin ruido, como si la caída hubiera es-

tado previamente dispuesta, y las aguas se precipitaron en una profunda excavación, cuya existencia nadie conocía.

Por entre las rocas desplomadas apareció una canoa que, con impulso vigoroso, fué lanzada a



la superficie del lago, y en la que iba de pie un anciano de larga barba y cabellos hirsutos, vestido con un hábito negro.

—¡ El carburo ! ¡ El carburo !—gritó de pronto con voz potente este viejo, que llevaba en una mano una lámpara Davy, cuya llama estaba protegida por una tela metálica—. ¡ El carburo ! ¡ Malditos seáis todos !

El olor característico del hidrógeno protocarbonado se extendió rápidamente por la atmósfera.

La caída de la roca había dado paso a una enorme cantidad de gas explosivo y la corriente ascendía a las bóvedas con una gran presión.

El viejo conocía, sin duda, la existencia de los depósitos que contenían el carburo, y los había abierto para hacer detonante la atmósfera de la cripta.

—¡Fuera de la mina!—gritó Jacobo Starr, que comprendió en seguida el peligro que corrían todos, mientras Silfax, avanzando en su canoa por el lago, no cesaba de repetir— : ¡El carburo ! ¡ El carburo !

Enrique Ford había salido precipitadamente de la capilla, arrastrando tras de sí a su novia y a sus padres ; pero era ya tarde para huir.

Silfax estaba dispuesto a sepultar entre ruinas a todos los habitantes de Ciudad-Carbón para impedir el casamiento de Elena. Por encima de la cabeza del viejo volaba el monstruoso buho que tenía manchas negras en las plumas.

En aquellos momentos de suprema angustia, arrojóse al lago Juan Ryan y nadó vigorosamente hacia la canoa con el propósito de sujetar al loco, antes de que éste cumplierse su amenaza ; pero el viejo lo vió y, después de romper el vidrio de la lámpara, paseó la mecha por el aire.

El concurso, aterrorizado, guardó un silencio de muerte.



...después de describir un ancho círculo en el aire, se posó a los pies de la joven. (Pág. 74.)

A Jacobo Starr le asombraba que el gas no hubiera hecho ya explosión y destruido la Nueva Aberfoyle. Era que el carburo, por su ligereza, se había acumulado en las capas elevadas del aire.

Así lo comprendió Silfax, quien, para precipitar la catástrofe, hizo un gesto al buho, y el enorme pájaro cogió con una pata la mecha incendiaria y empezó a elevarse hacia la bóveda. ¡La Nueva Aberfoyle iba a ser destruída!

Entonces, escapóse Elena de entre los brazos

de Enrique, corrió hacia la orilla del lago y, con voz potente y clara, llamó al buho, diciendo :

—¡ Ven ! ¡ Ven a mí !

El pajarraco, reconociendo sin duda la voz de Elena, dejó caer la mecha encendida en el agua y, después de describir un ancho círculo en el aire, se posó a los pies de la joven.

Un grito terrible resonó entonces bajo la bóveda. Fué el último grito de Silfax, quien, al ver que se le escapaba la venganza, se arrojó al lago, en el momento en que Juan Ryan llegaba a la canoa.

—¡ Salvadlo ! ¡ Salvadlo ! — gritó Elena, muy angustiada.

Eriqué, al oír a la joven, se arrojó también al agua, en la que se sumergió varias veces, buscando al viejo ; pero sus esfuerzos, como los que también hizo Ryan, resultaron inútiles.

Las aguas del lago Malcolm no devolvieron el cuerpo del viejo Silfax.



CONCLUSIÓN

Seis meses después celebróse en la capilla de San Gil de la población subterránea de Ciudad-Carbón el matrimonio de Enrique y Elena, que de tan extraordinaria manera había sido interrumpido.

Los contrayentes vestían de luto ; pero Jacobo Starr y Simón Ford, ajenos ya a todo temor por haber desaparecido su enemigo, no se abstuvieron de exteriorizar su alegría.

Al día siguiente reanudóse el trabajo en la mina, cuya explotación, más próspera cada año, ha enriquecido al condado de Stirling.

El buho, cuya longevidad no parece tener término, se ocultó en las galerías más profundas de

la mina y sólo se le ve de tiempo en tiempo, volando sobre las aguas del lago Malcolm, como si esperara que saliese a la superficie su viejo amo Silfax.



FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los Pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del rebelde.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guarnalda de flores.
48. La paloma.